

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

DIRECCIÓN: GUILLERMO VARGAS • ADMON.: VÍCTOR POLINARIS

EDITORES: IMPRENTA ALSINA, MURRAY Y CIA.

AÑO IX

10 DE JULIO DE 1914

NÚM. 114

Peinados
de última novedad,
que se distinguen
por su
elegante sencillez



TA RICA

La Novicia

Surgiste, emperatriz de los altares,
esposa de tu dulce Nazareno,
con tu atavío vaporoso, lleno
de piedras, brazaletes y collares.

Celoso de tus júbilos albares,
el ataúd te recogió en su seno,
y hubo en tu místico perfil un pleno
desmayo de crepúsculos lunares.

Al contemplar tu cabellera muerta,
avivóse en tu espíritu una incierta
huella de amor, y mientras que los bronces

se alegraban, brotaron tus pupilas
lágrimas que ignoraran hasta entonces
la senda en flor de tus ojeras lilas.

Julio Herrera Reissig

(De *Los Perseverinos de Piedra*).

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

DIRECTOR:

GUILLERMO VARGAS

EDITORES:

LIBRERÍA ALSINA & MURRAY Y CÍA.

ADMINISTRADOR:

VÍCTOR POLINARIS

CONDICIONES:

Número suelto c 0-25
Suscripción por un mes 0-50
" " trimestre (adelantado) 1-25
Número atrasado 0-40

Para Centro América los mismos precios.
Para el Extranjero,
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

APARTADO DE CORREOS 249

SUMARIO:

TEXTO

La novicia.....	JULIO HERRERA REISSIG	Lo que dijo Fray Luis.....	JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA
La sirena.....	JULES LEMAITRE	Lic. don P. Pérez Zeledón.	
Comprando ayotes.....	AQUILEO J. ECHEVERRÍA	Legación a Washington....	
La Centineta.....	CARMEN LIRA	Un homenaje justo.....	
Oración para que un niño no se muera.....	FRANCIS JAMMES	El animal más grande del mundo.....	
Don Pilar Jiménez Solís...		Un huelguista.....	ANTONIO CASERO
Academia de Derecho Inter- americano.....		Notas.....	

GRABADOS

Señorita Elida Piza Chamarró.—Aquileo J. Echeverría.—Don Pilar Jiménez.—Venecla: Isla de San Giorgio Maggiore. Papaya cultivada en Costa Rica.—Nuevas construcciones en el lado noreste de San José.—Licdo. don Pedro Pérez Zeledón.—Don Roberto Brenes Mesén.—Don Modesto Martínez.—Archiduque Francisco Fernando y su esposa.—Archiduque Carlos Francisco y su esposa.—Señorita Carmen Jiménez.—Modas.

La Sirena

Cuando se acercaban al islote de las Sirenas el viento se calmó y las olas se durmieron. Los marineros arriaron las velas, y Ulises, acordándose de los consejos de Circe, amasó cera con sus fuertes manos y con ella tapó los oídos a todos sus compañeros. Estos le ataron con cuerdas a un mástil, y luego hundieron los remos en la mar espumosa.

Desde el fondo de su gruta, las sirenas habían distinguido el navío. Y cuando le tuvieron al alcance de su voz, se acercaron a la orilla y se pusieron a cantar.

—Venid, venid, hombres amados, que ningún navegante ha pasado por nuestra isla sin escuchar nuestra voz... Luego se alejan llenos de gozo y después de haber aprendido muchas

CIAS, LETRAS Y ARTES

CADA MES

CONDICIONES:

ito	¢ 0-25
por un mes	0-50
trimestre (adelantado)	1-25
tsado	0-40
ro América los mismos precios.	
Para el Extranjero,	
de los precios anteriores (pago adelantado)	

PRECIOS CONVENCIONALES

CENTRAL

Lula José RODRÍGUEZ CERNA

Zeledón

ngton

.

ande del

.

. ANTONIO CASERO

.

eledón.—Don Roberto Brenes Me-
 o Martínez.—Archiduque Francisco
 osa.—Archiduque Carlos Francisco y
 a Carmen Jiménez.—Modas.

do de su gruta, las si-
 listinguido el navío. Y
 ieron al alcance de su
 on a la orilla y se pu-

nid, hombres amados,
 vegante ha pasado por
 sin escuchar nuestra
 e alejan llenos de gozo
 haber aprendido muchas

cosas, porque nosotras sabemos todo lo que ocurre en la madre tierra...

Alzando sus cuerpos resplandecientes y frescos por encima de las ondas inmóviles, con los hermosos brazos hacían gestos de llamada. Pero su sortilegio más poderoso consistía en la voz, dulce como una mar lechosa, penetrante como el olor de las algas, tierna y un poco ronca como la voz misma del deseo.

Ulises, oprimido por las ligaduras, se agitaba furiosamente; pero sus compañeros, de antemano advertidos, apretaron más las cuerdas que ataban sus brazos y muslos.

A pesar de todo, uno de los marineros, llamado Euforio, se dijo que bien valía la pena, aún a riesgo de la vida, de escuchar unos cantos que de tal modo turbaban a un hombre tan moderado como el prudente Ulises.

Y se quitó la cera de los oídos y escuchó...

Mas, tal impresión le produjo lo que oyó, que se inclinó sobre la amura y al cabo de un instante cayó en las amargas olas.

Los marineros, antes de abandonar el cuerpo de su compañero, vacilaron; pero Ulises les ordenó con los ojos que siguiesen adelante y doblasen el islote.

* *

... Con todas las fuerzas del deseo, Euforio nadaba hacia las voces.

El agua, brillante al sol, se internaba ensombrecida en una gruta azulada a cuya entrada se erguían las sirenas en número de siete. Hasta un poco más arriba de la cintura, parecían mujeres jóvenes; tenían ojos glaucos, cabellos de oro verde, dientes puntiagudos en bocas un poco grandes, rostros infantiles, las caderas apretadas por una funda de escamas, y el nadador veía agitarse a flor de agua el suntuoso reflejo de sus colas.

Cuando estuvo cerca de ellas, las sirenas cesaron de cantar, y luego salieron al encuentro del hombre. Dando estridentes gritos, le llevaron hasta el fondo de la gruta y le depositaron desnudo en una hendidura de la

roca en la cual había huesos humanos. Aquellas lindas personas acostumbraban desgarrar los cuerpos de los naufragos y chuparles la sangre con sus bocas de flor.

Ahora bien, una de las Sirenas pareció a Euforio más hermosa que las otras y creyó que su rostro era menos impasible. Y se volvió hacia ella y le dijo:

—Moriré contento después de haber oído los cantos de las hijas de la mar; pero seré más dichoso todavía si recibo la muerte de ti sola.

La Sirena le miró con sorpresa. Era la primera vez que veía un deseo y leía claramente un pensamiento en un rostro de hombre, porque, ordinariamente, las facciones y los ojos de los naufragos no expresaban más que terror, y hasta ocurría, cuando el exceso de esfuerzo les había agotado, que no expresasen ningún sentimiento.

Separó a sus hermanas con un gesto y les dijo:

—Este extranjero me pertenece.

Las demás Sirenas se alejaron, ya porque la que de este modo hablaba tuviese alguna autoridad sobre sus compañeras, ya porque alguna ignorada convención regulase entre ellas el reparto de los pecios vivos de la mar.

Al quedarse sola con el griego sutil, le preguntó:

—¿Tu nombre?

Y cuando lo supo, añadió:

—Euforio, te amo, y, aunque inmortal, es la primera vez que pronuncio esta palabra y que experimento lo que significa.

—Y tú—dijo el griego,—¿cómo te llamas?

—Leucosia.

* *

Las demás Sirenas, fieles al pacto convenido, dejaron a Euforio y a Leucosia que viviesen aparte y como mejor se les antojase.

Detrás de la gruta se extendía una pradera secreta con una fuente de agua dulce, y Euforio bebía de esa agua y se alimentaba con mariscos.

Leucosia no se separaba un momento de él. Juntos gozaban haciéndose mecer por las olas y sintiéndose levantados y empujados por aquella líquida caricia. Algunas veces, desde lo alto de una roca, la Sirena se dejaba caer, recta la cola y semejando una flecha, y él la recibía en sus brazos, y los dos se zambullían en el salado abismo. Otras veces jugaban con los bondadosos delfines y les hacían objeto de mil bromas...

Por la noche, mientras las otras sirenas, tendidas sobre la hierba, aliñaban una junto a otra sus pesadas colas, Euforio y Leucosia, se retiraban a un rincón de la pradera; y el hombre se dormía entre los fríos brazos de la pequeña diosa acuática.

Hablaban poco. Leucosia conocía las palabras que designan las cosas esenciales para la vida de una divinidad marina, de segundo orden, instalada en un arrecife del Mediterráneo. Sabía nombrar el cielo, la mar, el sol, la luna, las estrellas, las rocas, los peces y las diversas partes del cuerpo. También sabía decir oigo, siento, amo, deseo, espero y quiero... Pero a esto aproximadamente se reducía el vocabulario de la joven inmortal.

Un día, Euforio la dijo:

—Cuando desde la nave rápida os oí, a tus hermanas y a ti, decíais saber muchas cosas que los hombres ignoran. Cuéntamelas, Leucosia.

Mas ella le hizo comprender que las sirenas mentían y que decían esto para provocar la curiosidad de los viajeros.

Y, con efecto, las palabras que cantaban y que él oía todas las noches no expresaban conocimientos de la inteligencia, sino sentimientos que corresponden a la gracia de la mañana, al esplendor del poniente, a la inmensidad o a la belleza del mar—o sencillamente la alegría de tener un cuerpo ágil e infatigable,—y a veces contenían la herida de un deseo que si para las ingenuas músicas era indeterminado, se precisaba dolorosamente en el alma de Euforio, alma llena de recuerdos y de experiencia humana.

* * *

Leucosia advertía las tristezas de su amigo y las calmaba con sus frescos besos. En la mar, en el estanque y en la gruta, era más fuerte y más ágil que él y le ayudaba y protegía a cada instante. Pero, en la arena o en la secreta pradera, cuando se veía obligada a andar apoyándose con las manos y arrastrando la inútil cola, admiraba y envidiaba los hábiles pies de su compañero. Además, se daba cuenta de que éste había visto más cosas que ella y que su espíritu estaba lleno de pensamientos que ella ni siquiera podía sospechar.

El se decidió a instruirla y trató de hacerla comprender la vida de la humanidad en los continentes y en las grandes islas. Mas pronto vió que no le comprendía, porque las palabras que empleaba no tenían relación con ningún objeto que pudiese ponerle ante los ojos.

Entonces empezó a aburrirse, pues Leucosia ya no tenía para él el sabor de la novedad. Ella era muy diferente y tenía alma muy elemental. Lo que al principio le había encantado le resultaba importuno, y guardaba rencor a Leucosia por su ignorancia y también porque tuviese la piel fría y salada.

Recordaba, siempre con pesar vivísimo, la vida de otros tiempos. Y por la noche, en la secreta pradera, mientras la pequeña diosa con grúpa de escamas dormía junto a él, veía los campos, los bosques, los ríos, los bueyes de labor, las casas de los hombres, las tiendas de los mercaderes, los templos en lo alto de los promontorios, los navíos en los puertos, y en las tabernas donde se bebe vino aromatizado, las doradas y morenas bailadoras que se ponen flores coloradas en los cabellos, cuyas manos están calientes, y que tienen piernas...

Por entonces ocurrió que un navío, atraído por el canto de las sirenas, fué a estrellarse en un escollo vecino. Y Euforio vió con horror que aquellas graciosas muchachas hundían sus agudos dientes en los cuerpos de los naufragos y que merced a la sangre que chupaban se hinchaban como blancas

divertía las tristezas de su calma con sus frescos mar, en el estanque y en la más fuerte y más ágil yudaba y protegía a cada ro, en la arena o en la era, cuando se veía obli- apoyándose con las ma- ando la inútil cola, admidiaba los hábiles pies de o. Además, se daba cuen- te había visto más cosas e su espíritu estaba lleno ntos que ella ni siquiera har.

dió a instruirla y trató de prender la vida de la hu- los continentes y en las s. Mas pronto vió que no ía, porque las palabras a no tenían relación con to que pudiese ponerle an-

empezó a aburrirse, pues no tenía para él el sabor ad. Ella era muy diferente a muy elemental. Lo que le había encantado le re- oportuno, y guardaba rencor por su ignorancia y tam- tuviese la piel fría y

a, siempre con pesar vivía de otros tiempos. Y por la secreta pradera, mien- ueña diosa con grupa de mía junto a él, veía los bosques, los ríos, los bue- las casas de los hombres, de los mercaderes, los tem- to de los promontorios, los os puertos, y en las tabe- se bebe vino aromatizado, y morenas bailadoras que ores coloradas en los cabe- manos están calientes, y piernas...

ices ocurrió que un navío, el canto de las sirenas, fué e en un escollo vecino. Y con horror que aquellas uchachas hundían sus agu- en los cuerpos de los náu- e merced a la sangre que e hinchaban como blancas

odres. Leucosia no había querido cantar con sus hermanas ni tomar parte en el festín, y Euforio le agradeció las dos cosas; pero, después de haberla interrogado, sacó en claro que únicamente se había abstenido por no contrariarle, y que,—si el amor, común a la mayor parte de los animales, había podido conmoverla,—la piedad, propia tan sólo de los hombres, había continuado siéndole extraña.

* * *

Las sirenas respiran lo mismo bajo las ondas que en el aire; y asistido por su amiga, Euforio había aprendido a retener la respiración, estando debajo del agua, mucho más tiempo que ningún buzo. Y con frecuencia se divertía nadando con Leucosia a través de los bosques de coral y de los jardines de plantas submarinas, sin saber si las formas que se agitaban en la vidriosa transparencia eran piedras preciosas, flores o animales.

En el transcurso de uno de estos paseos descubrió en el fondo de un valle marítimo los restos de un naufragio, y entre esos restos, vasos, calderos, utensilios domésticos, collares, joyas, cinturones, espejos de plata, tablas pintadas que representaban diversas escenas de la vida humana, y un cofre lleno de oro.

Con ayuda de Leucosia subió a tierra todos estos objetos; le puso un collar al cuello, brazaletes en los brazos, le estrechó el talle con un cinturón cincelado, y le presentó un espejo. Ella se consideró hermosa y sonrió. Luego, él le explicó para qué servían los otros objetos y todo lo que estaba representado en las tablas pintadas. Y esta vez, Leucosia pareció imaginar una vida distinta a la suya.

—Yo quisiera—dijo con un poco de tristeza—ver todo eso; pero no soy más que una diosa marina, y no conoceré nunca otra cosa que la mar.

A Euforio se le ocurrió entonces la idea de provocar más su curiosidad por ver la tierra y servirse de ella para evadirse del islote de las sirenas. Así ocurría que meditaba separarse de su

amiga en el instante mismo en que ella afinaba su inteligencia y en que empezaba a acercarse a él.

El no dejó de hacerle deliciosos relatos de la vida que se observaba entre los hombres, y al fin la dijo:

—Si quisieses venir conmigo, podríamos atravesar la mar a nado, hasta llegar a una ciudad que se llama Atenas y que se encuentra a tres jornadas de aquí.

—Pero—respondió ella,—en tierra podré andar muy poco.

—Yo te ayudaré—respondió Euforio;—y cuando estemos en la ciudad, un carro magnífico, como esos que has visto en las tablas pintadas, te llevará a donde quieras ir. Y con el oro de este cofre viviremos dichosos.

Pero no decía todo lo que pensaba.

* * *

Una travesía de tres días no era más que un juego para una sirena. Nadando unas veces a su lado, otras sostenido por ella, Euforio no llegó cansado a la orilla del continente.

El lugar estaba desierto; pero, allí en el horizonte, se alzaba una ciudad a la cual se llegaba por un sendero largo y cubierto de polvo.

Euforio se hizo un cinturón con ramas y hojas a fin de presentarse con decencia delante de los hombres.

En un principio, la Sirena se arrastró ayudándose con las manos; mas, las piedras le desgarraban la carne y el sol la aniquilaba.

Euforio, que iba delante, estaba bastante lejos. Y ella le llamó y le dijo:

—Dura es la tierra de los hombres. Yo te he llevado, amigo mío, llévame tú ahora.

No tuvo valor para negarse, desanduvo el camino andado, se bajó y le ofreció la espalda. La Sirena le echó los brazos al cuello; él se incorporó; y mientras andaba, la cola de escamas barría el polvo.

Sudando bajo el peso de su carga, Euforio murmuraba palabras de cólera. Y se preguntaba qué haría de aquella mujer-pep en un país de hombres.

De pronto desanudó brutalmente de su cuello los brazos de Leucosia, la dejó caer en el suelo cuan larga era, y salió corriendo.

—¡Euforio! ¡Euforio!—gritó la Sirena con dolorido acento.

Y tal fué su grito, que el hombre, conmovido, se detuvo.

—Ten paciencia—le dijo;—voy por una carreta y volveré a buscarte.

—No, no,—gimió ella;—no volverás, lo sé. No me quieres porque soy muy distinta a las demás mujeres, pero tú vives por mí y yo por tí voy a morir, pues sin duda los dioses, para castigarme por haber amado a un hombre, me han quitado la inmortalidad.

Se retorció los brazos, y por primera vez las lágrimas asomaron a sus pálidos ojos. La cola, cubierta de polvo y cuyos vivos reflejos se habían apagado, sin fuerzas ya, golpeaba el suelo débilmente.

—¡Euforio! ¡Euforio! ¡Ten piedad!—exclamó Leucosia.

—¿Piedad?—repuso el hombre.—Tú no has pronunciado nunca esa palabra.

—Porque no había sufrido—contestó ella.—Escucha, amigo mío. Comprendo perfectamente que para ti no puedo ser más que una rémora y, además, yo no tendría momento de tranquilidad a causa de las demás mujeres que tienen pies. Por otra parte, eso que tanto he deseado ver, ahora me llena de espanto... pero estoy demasiado débil para llegar a la mar. Llévame hasta la orilla, y volveré sola a reunirme a mis crueles compañeras.

—¿Crueles?—repitió Euforio.—He aquí otra palabra que tampoco has pronunciado nunca.

—¡Ay!—replicó ella.—Tú eres quien me ha revelado su sentido.

Euforio, sin decir nada más, la levantó en sus brazos, tanto y tan bien, que los sueltos cabellos de la Sirena le rozaban las rodillas. Ella le sonreía a través de sus lágrimas, y gemía con voz tan tierna que él sentía plegarse su voluntad.

Dejó a su amiga en la arena, muy cerca del agua.

—Adiós, amigo mío.—le dijo.

—¡Ah!—exclamó él suspirando.—¡Si por lo menos tuvieses piernas!

—¿Qué quieres! ¡No las tengo! Además, allá, en la mar líquida, no las necesitaré... Procuraré olvidar y volver a ser igual a mis hermanas... porque si recordase, el haberte conocido y las cosas que me has enseñado serían mi mayor desgracia... Pero ¿conseguiré olvidar? ¡Ay! Temo que no, pues no soy más que una pobre Sirena degenerada...

Euforio lloraba.

—Sea lo que gustes—exclamó,—pero te amo y no permitiré que te vayas sin mí. Seremos lo que los dioses quieran... Vámonos juntos...

* * *

Seguramente el hombre hubiera cometido esta locura si en aquel mismo instante la benévola Tetis no se hubiera aparecido a los dos enamorados.

—Me interesáis—les dijo,—y os quiero bien, porque tú, Leucosia, has sido buena para con uno de los que no ha mucho combatieron con mi hijo Aquiles, y porque tú, Euforio, te has compadecido de una de mis hijas marinas en el momento en que ibas a realizar el más grato de tus deseos; y en fin, también, porque uno y otro os habéis elevado en conocimiento y en virtud. Podría recompensaros de diferentes maneras. Podría, Leucosia, antes que dejarte marchar sola, quitarte la memoria de todo lo que has aprendido y que en adelante sólo puede hacerte sufrir. Podría, Euforio, darte de aletas y de la forma de un delfín, conservándote, bajo esta forma, el entendimiento y los recuerdos humanos, a fin de que vivieses agradablemente con Leucosia en la vasta mar. Pero quiero haceros dichosos del modo y manera que vosotros entendéis serlo en este momento... Leucosia, hija mía, ¿renunciarías, por vivir con él, a tu inmortalidad?

—Cierto que sí,—respondió la Sirena.—Para ser inmortal es preciso no pensar en nada.

